

PARTE SIETE, DESASTRE SEGUNDO MOVIMIENTO, DILUVIO

Día Trece

No supe en dónde me hallaba. Tampoco si era de noche o de día. Estaba soñando.

Soñaba que Etxekide me despertaba como siempre, escurriendo gotas frías de su cabello en mi cara.

Salpicando mi cuello y mi espalda, refrescándome. Acariciando mis pechos con sus manos empapadas.

Jugando en el contorno de mi boca con sus dedos mojados, humedeciendo mis labios.

Chorreándome, llenándome de agua.



Desperté en un sobresalto y era de noche. Estaba oscuro. Había cabras a mi lado. Me costó ubicarme. Un extraño rumor llegaba desde arriba.

— Qué pasó ? – Pensé en voz alta.

— Hola, Itahisa.

Reconocí la voz de Guaire.

— Guaire ! Qué haces aquí ? – Pregunté estúpidamente.

— Intento dormir. – Refunfuñó.

— Dónde están los demás ?

— Por ahí. Durmiendo.

Mi cabeza trataba de ordenar mis percepciones. Todo me resultaba confuso.

— Qué es ese ruido que viene de arriba ?

— Es la lluvia, Itahisa.

Aquello me resultaba increíble, prodigioso.

— Empezó a llover ? Cuándo ?

— Ayer de mañana.

Repentinamente recordé la dolorosa sequedad en mi garganta. Ya no la sentía, aunque igualmente tenía sed.

— Hay agua para beber ?

— Claro que sí. De lo contrario, no estaríamos aquí.

Me incorporé a escuchar el suave murmullo que llegaba a mis oídos. Nunca antes me había parecido tan delicioso el sonido de la lluvia. No alcanzaba a distinguir los bultos a mi alrededor. Palpé el piso buscando el agua del charco, pero verifiqué que continuaba seco.

— Guaire !

— Sí, Itahisa.

— Por favor, dime dónde está el ánfora.

Guaire se levantó y vino hacia mí. Percibí su respiración al acercarse y sentí su mano sobre mi frente.

— No estás viendo bien todavía, verdad ?

Me costó comprender la pregunta.

— Qué dices ? Todo está muy oscuro.

Guaire encendió una yesca y prendió una lámpara con ella. Pude ver el resplandor y sombras difusas. Luego me ofreció un ánfora que tomé y llevé a mi boca de inmediato. El agua estaba fresca, exquisita.

— Mañana estarás bien. No te preocupes.

De qué iba a preocuparme ? Qué había dicho Guaire ?

— Dijiste ayer de mañana ?

— Sí.

— No es posible. Sólo dormí un rato.

Guaire rió.

— Sólo dormiste un rato. — Confirmó como si fuera gracioso.

— No seas tonto, Guaire, dime lo que ha pasado.

— Te desmayaste poco antes de que llegara la lluvia. Ayer intentamos despertarte y no pudimos. Etxekide pasó todo el día mojándote los labios. Está por amanecer.

Traté de aceptar lo que Guaire me estaba diciendo, aunque me resultaba inverosímil. De pronto me di cuenta que el aire se sentía fresco y yo permanecía desnuda.

— Ya no hace calor ?

— Está agradable.

— Puedes despertar a Etxekide ? Está contigo ?

Guaire sacudió el cuerpo tendido a su *eskuona*. Pese a que la luz de la lámpara era muy escasa, advertí que la sombra de Etxekide se levantaba y venía a sentarse junto a mí. Sentí su abrazo, me apoyé contra su pecho y le expresé mi dicha.

— Está lloviendo, mi amor.

— Está lloviendo, preciosa.

Refugiada entre sus brazos, pude por fin llorar.



Un rato más tarde, sentí hambre. Mientras todos dormían, me arrastré hasta la gruta donde solíamos guardar la carne salada, envuelta en paños. A tientas, logré asir un trozo de pescado y me lo llevé a la boca.

Había estado durmiendo casi dos días ? Sería posible ? En mi memoria inmediata, recordaba la pelea por los últimos sorbos del ánfora y la música de la flauta de Ainenfrau. Eso había sido el día once. Ayer no habían logrado despertarme, ayer había sido el día doce. Qué hermosura la lluvia ! Traté de ponerme en pie y no pude. Aún me encontraba mareada.

Volví gateando hacia donde estaba el ánfora y bebí largos tragos. Ya no había que racionar el agua. Ya no era necesario. Estaba lloviendo.

Elevando el ánfora sobre mi cabeza vacié todo su contenido, empapando mis cabellos y mis hombros, gozando de la sensación refrescante del agua escurriendo por mis pechos.

Luego de eso, por primera vez en trece días, noté que mi cuerpo se estremecía de una sensación perdida, remota, antigua. Tenía frío.

Disfruté de aquella extraña conmoción sonriendo en la oscuridad. Me sentí mejor.



Pasó un rato antes de que me volvieran las fuerzas para pararme. Por el agujero del techo comenzaba a notarse la claridad de la madrugada. El rumor que provenía de arriba denunciaba la intensidad de la lluvia.

Cuando Janequa abrió los ojos, me acerqué a ella y le di un beso en la frente.

— Hola Itahisa, descansaste ?

Me reí de su tono burlón.

— Parece que sí. Cómo está tu pierna ?

Ella se incorporó para sentarse.

— Mucho mejor. Gracias a Ainenfrau y a las hormigas. Menos mal que está ella con nosotros, porque si fuera por nuestra *Maisu* en Medicina ...

Acepté el golpe, de buen humor, siguiéndole el juego.

— Estaríamos mal, no ?

— Bueno, no sé si mal del todo. – Concedió.

— Está lloviendo, escuchas ?

Los ojos azul piedra de Janequa me miraron con ternura.

— Hace mucho que llueve, querida Itahisa. Sólo que tú no te has enterado.

— Es maravilloso, no te parece ?

— Claro que sí. Hemos estado celebrándolo ayer, con música, oraciones y bailes. Hasta nos hemos bañado bajo la lluvia. La vida ha regresado y nosotros seremos parte de ella. Gracias a Ama.

— Gracias a Ama. – Repetí contenta.

Me hallaba aturdida como para pedirle a Janequa más detalles. Me fascinaba la idea de salir de la caverna y sentir la lluvia cayendo sobre mi piel. Para ello, necesitaba que alguien me ayudara a trepar los escalones colgantes. No podría pedírselo a Janequa y no quise despertar nuevamente a Guaire o a Etxekide. Busqué el gran cuerpo de Abian en la penumbra, pero no alcancé a verlo.

— Dónde está Abian ?

Janequa revisó el recinto sin encontrarlo.

— Debe estar arriba, durmiendo con Ainenfrau.

Me causó gracia.

— Esa mujer peluda ha logrado en tres días lo que nosotras no hemos podido en medio año.

Janequa asintió.

— Ainenfrau ha sido una bendición, Itahisa. Especialmente para Abian.

Janequa volvió a acostarse y se acomodó de costado para retomar el sueño. Por unos momentos me quedé contemplando su curvada silueta, que se inflaba y desinflaba al respirar.

Un tiempo después, me dispuse a ascender los escalones. Con esfuerzo accedí a la cámara principal, que se veía inusualmente limpia. Alguien había barrido la capa de cenizas del piso. Un gorgoteo uniforme se escuchaba en la pared que habíamos utilizado para refrescarnos y que varios días atrás se había secado.

Caminé hasta la entrada y a través de los restos de la empalizada, observé el paisaje quemado, ahora húmedo, barroso.

Llovía torrencialmente. Se oían lejanos diversos cantos de pájaros.

Di dos pasos más y cerrando los ojos, me entregué al placer de sentir las gruesas gotas frías acariciando todo mi cuerpo.



— Cuéntame.

Etxekide se refregaba la cara, luego de mojar sus manos

— Qué quieres que te cuente, Itahisa ?

— No puedo recordar lo que ocurrió ayer.

Mi compañero me dirigió una mirada graciosa, antes de sentarse junto a mí. Pasó una mano por delante de mis ojos.

— Estás viendo bien ahora ?

— Creo que sí.

— Estuviste desmayada, Itahisa. Casi dos días. De vez en cuando hablabas, pero no nos veías.

— Y ustedes ?

— Nosotros ? Lo pasamos estupendo con Janequa y con Ainenfrau.

— No puedes ser mentiroso conmigo, Etxekide, no te lo permito.

Él se puso cómodo, apoyando la espalda contra la pared de la gruta de entrada. Luego me dijo risueño.

— Ainenfrau nos anunció que iba a llover. Por las "amise".

— Amise ?

— Sí. Las hormigas.

Escenas borrosas trataban de abrirse paso en mi memoria reciente.

— Qué hicieron las hormigas ?

— Ainenfrau nos mostró cómo se desplazaban porque percibían la llegada de la "rigin"

— Rigin es la lluvia ?

— Sí.

— Veo que aprendieron muchas cosas de la mujer del hielo mientras yo dormía.

Etxekide disfrutó de mi ironía.

— Cierto. Y también le enseñamos algunas cosas a ella.

— Me imagino. Cuándo empezó a llover ?

— Ayer, temprano en la mañana. Al principio el agua cayó muy sucia, casi negra. Aunque nos desesperábamos por beberla, estaba caliente y su sabor era repugnante. Provocaba ardor en la boca. De modo que sólo nos mojamos con ella. De a poco fue cambiando, haciéndose más clara y más fresca. Entonces sí, pudimos calmar la sed. En cuanto llenamos las ánforas fui abajo a darte de beber, pero no logré despertarte.

— Vinieron libélulas ?

— Sí. Carreras de libélulas aparecieron poco antes de la lluvia. Al rato se marcharon.



Durante la mañana acopiamos leña mojada.

Disponíamos de pocas ramas secas, las que encendimos en el patio de entrada para que el fuego ayudara a secar los troncos recuperados tras el incendio, ahora empaados.

Aún me sentía levemente mareada, especialmente cuando intentaba levantarme. Y por momentos la vista se me nublaba, pero ello no me impidió colaborar con la tarea de acondicionar nuestro refugio para convivir con la lluvia.

Multitud de sapos aparecieron de no se sabe dónde, e iniciaron un concierto de celebración de la abundancia de agua. Muchos de ellos se aproximaron a saltitos hacia la caverna y nos cansamos de barrerlos hacia afuera.

Aunque dentro de la caverna continuaba cálido, el aire exterior estaba agradablemente fresco. Por primera vez desde el desastre, volvimos a vestir las *brusak*, cubriéndonos los torsos para no sentir frío. Ainenfrau fue la única que permaneció desnuda.

Por la tarde, Guaire y Etxekide fueron hasta el lago. Esta vez lograron llevar consigo de arrastre a una de las cabras.

El piso de la cámara inferior volvió a humedecerse como consecuencia del lento filtrado de agua proveniente de la cima de la montaña.

Ainenfrau pasó yendo y viniendo bajo la lluvia, persiguiendo inútilmente rastros de las hormigas. Pero éstas habían abandonado sus anteriores refugios debido al aguacero.

La mujer del hielo estaba preocupada por no poder preparar una nueva venda para las heridas de Janequa. O bien, eso fue lo que pude deducir de sus ininteligibles frases.

Los varones regresaron empapados, trayendo un atado de pasto y unos pocos peces atravesados en el arpón. Nos relataron las dificultades que habían tenido para lograr que la cabra llegara al lago y comiera de los brotes verdes que asomaban en las orillas.

Al anochecer fue Janequa la que preparó los pescados para la cena, cocinándolos al vapor, produciendo una carne asombrosamente tierna, exquisita, que devoramos en el patio de entrada, rodeados del persistente sonido de la lluvia y del canto desafinado de los sapos.



Día Catorce

Tres de las cabras dieron leche, produciendo tres jarras, que disfrutamos compartiéndolas a medias en parejas. Guaire con Janequa, Etxekide conmigo y Abian con Ainenfrau.

Era notorio que Ainenfrau había ocupado el lugar de Nira como compañera del gigante. Ella lo seguía a todas partes durante el día y él la seguía hasta la cámara superior por las noches. Hicimos chistes al respecto, cuando Abian no podía escucharnos.

Poco antes del mediodía acompañé a Etxekide hasta la repisa en el precipicio de la montaña. El paisaje se veía igual de chamuscado y estéril, pese a los dos días de lluvia ininterrumpida. Apenas podían adivinarse algunas notas de verde en las riberas de los ríos, los que antes eran afluentes del Tartessos y ahora desembocaban cada uno por separado, en los confines del valle arrasado. El extenso horizonte de dunas seguía sin verse, sumergido bajo el manto azul del mar. Permanecimos largo rato oteando los rincones en busca de una columna de humo que nos diera una señal de nuestros compañeros de expedición, pero nada pudimos divisar.

Desanimados, regresamos a almorzar.



— No creo que podamos ver humo en el valle, — enunció Guaire para despejar nuestro desaliento — ellos deben estar en cavernas más al norte. En las montañas que no son visibles desde la repisa.

Etxekide asintió en silencio.

— Si pudiéramos preguntarle a Ainenfrau, ella podría decirnos dónde hay otras cavernas. — Reflexioné en voz alta.

La mujer del hielo me miró con curiosidad al ser aludida. Guaire aprovechó la ocasión para una de sus típicas ocurrencias.

— Grof jolti priptxa cavernas ? — Le preguntó, inventando las palabras.

— Ijferstinijt vasijfragen. — Respondió ella seriamente.

Decidí intentarlo.

Pidiendo su atención, con mi brazo extendido describí un arco sobre nuestras cabezas. Ella miró el techo de la caverna, queriendo interpretarme. Apuntando a su pecho dije "ainenfrau" y volviendo a hacer el arco esperé su palabra correspondiente.

— Jule. — Nos pareció entender que decía.

— Jule ? — Repetí para cerciorarme.

Ella aprobó con la cabeza.

Ahuecando mi mano, la apoyé sobre el tablón, representando una caverna en miniatura con su entrada, al tiempo que movía dos dedos de mi otra mano simulando que alguien caminaba hacia la cueva.

Ainenfrau me observaba entre perpleja y divertida.

— Jule. — Dije señalando mi mano.

— Jule. — Concedió ella, sonriente.

Entonces arqueando mi otra mano, traté de mostrar que había dos cuevas, distantes una de la otra.

— Ahora hay dos cavernas, dos jule. — Intenté explicarle.

— Esguibt zsmajule. — Interpretó la mujer peluda.

Me pareció que íbamos bien, pero llegábamos al punto más difícil. La invité a salir y ella aceptó. Los varones también vinieron. Hicimos caso omiso de la fuerte lluvia que continuaba cayendo. Tras alejarnos unos pasos de la empalizada, señalé la entrada verdadera de la caverna.

— Jule. — Busqué su confirmación.

— Jule. — Aceptó Ainenfrau, aunque con tono de duda.

— Esguibt zsmajule. — Traté de reproducir sus palabras, indicando al norte.

— Esguibt filjamiletulben. — Quiso explicarnos ella, también mirando al norte.

Aunque no entendí, no quise darme por vencida.

— Zsmajule. — Insistí.

— Filejule. — Replicó.

Qué significaría "file" ? Muchas o ninguna ?

— File ? — Hice el gesto de no entender.

— Esguibt filejule, grose und klaine. — Ainenfrau habló pausadamente, acompañando sus palabras con extraños ademanes.

Miré a los varones buscando ayuda, pero sólo encontré en sus rostros empapados expresiones de desconcierto. No obstante, recordé que Ainenfrau ya había utilizado la palabra "grose" anteriormente. Enfrentando a Abian, abrí mis brazos cuanto pude tratando de abarcar su altura, interrogando a la vez.

— Grose Abian ?

— Abian ist gros. – Asintió Ainenfrau sonriendo, con admiración hacia el gigante.

— Abian es grande. – Tradujo tardíamente Guaire.

Entonces señalé nuevamente al norte, preguntando.

— Grose jule ?

— Ia, esit aine grose jule, zsmag tagaip joite. Esguibt grose mena. Sifur mai fok. – Se explayó la mujer del hielo con vehemencia y cierta expresión de tristeza.

Aun sin comprender su discurso, habíamos captado lo más importante.

Existía una gran caverna hacia el norte y ciertamente Ainenfrau podría guiarnos hasta ella.



Mientras almorzábamos, discutimos la posibilidad de realizar una excursión hacia la "grosejule", la gran caverna. Rápidamente acordamos emprenderla en cuanto cesara la lluvia.

Pero la lluvia no mostraba signo alguno de amainar. El cielo se había cargado como un gigantesco depósito durante los tórridos días posteriores al desastre.

Por la tarde, limpiamos las mantas impregnadas en cenizas que no habíamos necesitado desde la ocupación de la caverna.

Las heridas de la pierna de Janequa se veían mejor, aunque la más grande de las incisiones continuaba supurando. Ainenfrau se mostró decepcionada y trató de explicarme cosas acerca de las vendas. Creí entender que estaba afligida porque las "amise", las hormigas, habían desaparecido a causa de la lluvia.

En cuanto fue oscureciendo, empezamos a sentir frío. Un frío propio del *negu*, que recibimos igualmente con agrado, recuperando nuestras ropa de abrigo.

En la cámara inferior quedaba escaso espacio para tender nuestras mantas. El nivel del agua continuaba creciendo.

Aquella fue la última noche que dormimos abajo.

Para ser precisos, Janequa, Guaire, Etxekide y yo dormimos abajo. Abian y Ainenfrau lo hicieron en la cámara superior.



Día Quince

Por primera vez, la leche que ordeñamos fue suficiente para todos, bebimos tanto como quisimos y sobró media jarra.

Una de las cabras parecía estar acercándose a su parición. Su vientre se notaba hinchado y Guaire dictaminó que debíamos dejar de ordeñarla por un tiempo.

Afuera, continuaba el diluvio. Empezaban a verse zonas inundadas en los puntos bajos del terreno.

Guaire anunció que iría al lago de pesca. Etxekide se ofreció a acompañarlo. Abian continuaba encerrado en sí mismo, poco atento a lo que ocurría alrededor.

Ainenfrau prestó especial atención a la limpieza que hice de las heridas de Janequa. En la incisión de la parte posterior de la pierna, la más profunda, se había formado una aureola de color blanco, de un par de dedos de ancho, de aspecto desagradable. La piel se estaba muriendo alrededor de la herida.

— Vurma zuese gameilflax.— Afirmó la mujer del hielo, con evidente preocupación en su rostro.

— Sin dudas, querida Ainenfrau.— Respondí resignada, al tiempo que procuraba limpiar la herida.

Ainenfrau se retiró raudamente de la caverna. Aproveché su ausencia para comentar con Janequa acerca del atraso de nuestras lunas, que ya nos resultaba alarmante. Desde que nos había bajado por última vez, habían pasado treinta y cinco días y ninguna de las dos percibíamos muestras de que estuviera por ocurrir.

— Has sentido algo especial en los pechos ? — Me preguntó Janequa.

— No. A qué te refieres ?

— Si estuviéramos embarazadas, deberíamos tener una sensibilidad, como un ardor en los pechos.— Aseguró ella.

— Estoy segura que no estoy embarazada, Janequa. Tú sientes algo ?

Ella negó con la cabeza.

De pronto notamos que Ainenfrau, mojada por la lluvia, nos hacía señas desde la entrada.

— Quiere que vayas con ella a buscar hormigas.— Dedujo Janequa.

— Debería saber que las hormigas se escondieron.— Repliqué molesta.

— Por favor, Itahisa, ve con ella, fíjate qué es lo quiere ahora.

Con desgano, me apresté a satisfacer el llamado de la mujer del hielo.

Ella me tomó de las manos y me llevó decidida hasta donde se encontraba el cadáver de Nira, destruido a picotazos por los buitres e inundado de moscas. Un hedor insoportable, emanaba de los restos parcialmente descompuestos, enterrados en el barro.

No quise acercarme. Me mantuve a unos dos pasos de distancia, viendo cómo Ainenfrau señalaba las aglomeraciones de gusanos que carcomían las entrañas de Nira, mientras repetía enfáticamente:

— Vurma zuese gameilflax.

No supe qué hacer. Aquello me resultaba aberrante. La lluvia que me empapaba o la escena morbosa, o ambas cosas, me produjeron escalofríos.

Lo que hizo entonces la mujer peluda me dejó pasmada.

Introduciendo su mano en la cavidad putrefacta de lo que había sido el vientre de Nira, recogió un puñado de asquerosos gusanos blanquecinos que se movían en todas direcciones.

Sonriendo satisfecha, volvió a explicarme como si yo fuera capaz de entender.

— Vurma zuese gameilflax.

Tras decir esto regresó rápidamente hacia la caverna, portando su manojo de gusanos como si se tratara de preciosas joyas.

Cuando exhibió orgullosa su cosecha de gusanos a Janequa, ésta contuvo un chillido. Se quedó mirando a las larvas movedizas y luego a nosotras, horrorizada, mientras Ainenfrau disertaba una cantidad de frases abstrusas.

Le hice señas de que se apartara para retomar el procedimiento de vendar la pierna, pero ella continuó diciéndonos cosas acerca de la herida y de los gusanos. Comencé a enojarme. Tras un breve forcejeo, me di cuenta que no era capaz de quitar a Ainenfrau del medio. Ella era más fuerte que yo, pese a que no me llegaba a los hombros. Le grité, le pedí que se fuera y terminé descargándole varios insultos, pero fue en vano.

Entonces intervino Janequa, con voz calmada.

— Itahisa, por favor, veamos lo que Ainenfrau quiere hacer con esos repugnantes gusanos.

Me sentí ofendida. Yo había estudiado Medicina durante tres años y Janequa confiaba en aquella troglodita cubierta de pelos. Disgustada, me retiré al patio de entrada, donde busqué conversación con Abian, sin obtener otra cosa que gruñidos de su parte.

Pude oír que Janequa comenzaba a rezar.



Etxekide y Guaire volvieron del lago con abundante pesca, chorreando, cubiertos de barro y tiritando de frío.

Mientras ellos se desvestían y secaban, encendí el fuego para ayudarles a entrar en calor.

Ambos quedaron impresionados cuando Janequa contó alegremente que había larvas comiendo la herida de su pierna, bajo las vendas. Cuando me interrogaron al respecto,

me abstuve de hacer comentarios. Me sentía molesta tanto con Ainenfrau como con Janequa y preferí no expresar mi enfado.

Etxekide y yo fuimos los encargados de la cena. Pescado asado condimentado con leche de cabra.

Esa noche volvimos a escuchar gritos de murciélagos en la cámara inferior.



Día Dieciséis

El bienestar y el optimismo que habían llegado con la lluvia, comenzaban a deteriorarse. Lo que había sido una bendición, se tornaba fastidioso.

Por quinto día consecutivo, continuaba cayendo agua como si recién se iniciara el aguacero. Y el cielo permanecía cerrado, gris, sin señal alguna de mejora.

Desde previo al desastre no habíamos visto el sol. No habíamos gozado un sólo día de buen tiempo durante veinte días, desde cuando remontábamos el río Tartessos en nuestra *txalupa*.

Tantas cosas terribles habían sucedido desde entonces, que aquel momento nos parecía muy lejano, antiguo, distante en la memoria.

El agua había anegado los terrenos haciendo dificultosa cualquier excursión. Y el aire, que pocos días atrás era insoportablemente cálido, ahora empezaba a sentirse francamente frío. Ambas cosas nos obligaban a permanecer dentro de la caverna, sin nada que hacer, excepto lamentarnos.

Ainenfrau era ciertamente la menos afectada. Con una piel de lobo que, atada en su hombro, le cubría pecho y espalda, ella no tenía inconvenientes en salir en busca de pasto para las cabras, aun cuando ello implicara enterrar sus pies descalzos en el barro.

Abian, que casi no hablaba desde la muerte de Nira, ya no colaboraba en las tareas. No ayudaba a limpiar, no recogía ni secaba leña, ni siquiera se veía preocupado por mantener en buen estado la empalizada.

Janequa, a causa de su pierna lastimada, apenas se trasladaba hasta el patio de entrada para cocinar y luego regresaba a su lugar de descanso y de oración, próximo a la pared mojada y al rincón preferido por las cabras.

Guaire y Etxekide tampoco eran los mismos. El buen humor de Guaire era esporádico y se apagaba con facilidad. Etxekide permanecía callado, pensativo, durante largos ratos y era difícil sacarlo de ese estado.

Todos estábamos durmiendo mucho más de lo habitual. No sólo durante la noche, sino también en distintos momentos de las tardes.



Día Diecisiete

Me despertaron ruidos provenientes de arriba. Cuando abrí los ojos, me sorprendió notar que solamente Janequa se hallaba durmiendo a mi lado. Los demás no estaban a la vista. Me incorporé y verifiqué que los gritos y quejidos venían de la cámara superior.

Treando por la galería, asomé mi cabeza hacia el dormitorio de Abian y Ainenfrau para asistir a una escena que me dejó atónita, desconcertada.

Abian era el que estaba abajo, tendido de espaldas al piso. Su *zakil* clavado en la *natura* peluda de Ainenfrau, quien montada sobre él, ofrecía sus grandes pechos a los impulsos de Guaire y a la vez lamía el *zakil* de Etxekide que se hallaba de pie, a un costado, con las piernas separadas. Los tres varones gruñían su satisfacción alternando con insultos, que la mujer del hielo recibía como halagos.

Descendí rápidamente la galería sin ser advertida. Caminé hasta el patio de entrada. Allí me sentí repentinamente indispuesta. El pescado que había ingerido en el almuerzo regresaba a mi garganta, provocándome arcadas.

La lluvia mojó mis cabellos y mis hombros, empapándome de inmediato y enfriando mi cuerpo.

Apoyándome en una de las estacas de la empalizada, vomité todo lo que había comido.



Día Dieciocho

La cámara inferior volvió a inundarse en toda su extensión, recuperando los treinta dedos de profundidad, lo cual la hacía inhabitable.

Afuera, el frío devino intenso como el de las peores noches de *negu* que hubiéramos vivido.

El barro dificultaba alejarse de la caverna, incluso para Ainenfrau quien tardó muchísimo en ir y volver hasta el cadáver de Nira en busca de un nuevo puñado de gusanos para aplicar en la pierna de Janequa.

Traté de disimular mi incredulidad cuando Ainenfrau quitó las vendas y desalojó a las viejas larvas que ya estaban convirtiéndose en moscas.

La herida se veía notoriamente mejor. La aureola blanca putrefacta había desaparecido y en su lugar se veía piel rosada, sana, saludable. Las supuraciones malolientes habían cesado, dejando al descubierto la hendidura de la incisión, que parecía estar cerrándose.

Era innegable que el tratamiento de Ainenfrau estaba dando resultado y Janequa, obviamente, estaba conforme con los cuidados que recibía de la mujer del hielo.

Pero a mí me costaba compartir su alegría. El éxito del tratamiento evidenciaba el fracaso de mis esfuerzos.

No había logrado ayudar a Nira a curarse. Ni siquiera a atenuar su agonía.

No había logrado aplacar el padecimiento de Janequa, ni detener el avance de sus úlceras.

Mi aporte como *Maisu* en Medicina había sido inútil. No había logrado ayudar a mis compañeras mujeres.

Y tampoco había sabido consolar a mis compañeros varones.

No había querido darles lo que ellos estaban necesitando. No me había hallado de ánimo para complacerlos. Y continuaba sin ganas de hacerlo.

Durante veinte días no me había interesado ofrecer mi cuerpo, ni sentir el placer de otros cuerpos, ni siquiera ser provocativa. Los juegos de seducción que antes me excitaban, me resultaban ahora inadecuados, desagradables, como una comida que ha perdido su sabor.

El deseo ya no estaba dentro de mí. Había desaparecido como tantas cosas, luego del desastre.



Día Diecinueve

El frío empezó a sentirse dentro de la caverna. Las ropas de abrigo que disponíamos ya no eran suficientes. Procedimos a abrir tajos en el centro de las mantas para pasar las cabezas por ellos y calzarlas sobre los hombros. Embadurnamos un par de ellas con aceite de pescado, para utilizarlas como capas impermeables. Esto nos permitía realizar breves salidas a recoger leña sin empaparnos.

Volvimos a trepar al risco de la montaña para contemplar el valle, ahora inundado, en el que el verde volvía a brotar, al menos en los terrenos más cercanos, porque a lo lejos no alcanzábamos a ver con claridad.

La lluvia continuaba tan intensa como en los días anteriores. Llevaba ocho días con sus noches sin parar.

Ello nos obligaba a estar encerrados la mayor parte del tiempo. Procurábamos entretenernos en las tareas de rutina, el ordeño de las cabras, el secado de la leña, la preparación de aceite y las comidas.

Guaire intentó aprender a tocar la flauta de Ainenfrau, pero los sonidos que obtuvo resultaron chirriantes y bastante molestos.

La mujer del hielo pasó a ser nuestra abastecedora de alimentos. A ella parecía no afectarle la lluvia ni el frío, y realizaba cada dos días una excursión al lago, sola o con Abian, en busca de pescado y del pasto para las cabras.

Éstas finalmente se animaron a salir de la caverna pero no les permitimos acceder a campo abierto. Cerramos la empalizada a modo de corral, porque temíamos un nuevo ataque de los lobos. Nos quedaban solamente seis cabras y no podíamos correr el riesgo de perderlas.

Debimos trasladar el fuego en el que cocinábamos hacia el interior. Los varones trabajaron apilando troncos para bloquear la entrada, con el fin de atenuar el frío que

venía del exterior. Y ello nos exigió improvisar una chimenea con tablas y mantas, para que el humo derivara hacia afuera.

Janequa volvió a caminar sin ayuda dentro de la caverna. Su figura había cambiado notoriamente. Habiendo perdido mucho peso, se veía realmente más hermosa.

Lo que contrastaba con mi propia delgadez. En mis piernas y brazos se marcaban los huesos. Los pechos y las nalgas habían perdido su redondez. Por primera vez en mi vida, mi cuerpo empezaba a resultarme desagradable, vergonzante.

Ni a Janequa ni a mí nos había llegado la luna. Y no podíamos darnos una explicación al respecto. Nunca antes nos había ocurrido que la sangre no bajara durante cuarenta días y ello nos sumía en una sensación de extrañeza. Sabíamos que no estábamos embarazadas. Sabíamos que a las mujeres mayores, llegando a la edad de cincuenta, les pasaba que la sangre dejaba de caer. Pero nosotras teníamos dieciocho años. Qué le estaba ocurriendo a nuestros cuerpos ?



Día veinte

Estábamos hastiados de comer exclusivamente pescado y leche de cabra. Añorábamos los sabores vegetales.

En el valle cercano, de algunos árboles incendiados comenzaron a surgir brotes, mientras que otros parecían haber quedado definitivamente secos. Traté de convencer a Abian que me acompañara a una excursión de reconocimiento en los terrenos próximos, en busca de vegetación que pudiera ser comestible. Siendo él el único *Maisu* en Caza y Recolección, era esencial contar con su colaboración. Pero no logré persuadir al gigante de salir de su encierro y solamente obtuve de él negativas, cuando le presenté hojas y cortezas que fui tomando de muestra.

La mayoría de las plantas y árboles nos resultaban desconocidos, lo que hacía muy frustrante alejarse de la caverna a través de las cortinas de lluvia. Ainenfrau me enseñó dos variedades de plantas aromáticas de hojas pequeñas, las que incorporamos como condimento en las comidas. Una de ellas producía una agradable sensación fresca en la boca al masticarla.

Aproveché la siesta de Janequa y Guaire aquella tarde, para hablar con Etxekide.

Sentados en la entrada, próximos al fuego con el que secábamos la leña, mirábamos el paisaje opacado por la persistente lluvia.

— Cuánto crees que seguirá ?

— Lloviendo ?

Asentí con una mueca de disgusto.

— Por lo menos, tanto tiempo como tuvimos de calor.

— Eso es doce días ? Cuándo fue que empezó a llover ?

— El día doce. Y hoy estamos en el veinte.

Observando a las palomas que viajaban a través de la lluvia, hice mis estimaciones.

— Etxekide.

— Sí, preciosa.

— Hace más de cuarenta días que no baja mi sangre.

Él no se mostró sorprendido ni preocupado.

— Estás embarazada ?

— Estoy segura que no.

— Cómo puedes estar segura ?

— Estoy segura.

Aunque a él le resultaba inconcebible mi certeza, decidió no insistir.

— Estará por verte, entonces.

— Estará por verme.— Admití sin convencimiento.

Él hizo una pausa, antes de preguntar.

— Es por eso que no te interesan los juegos de *atsegin* ?

— No debería preocuparte, tienes a la mujer peluda.— Respondí sin disimular el fastidio.

Etxekide contuvo una sonrisa.

— Te noto ... molesta.— Dijo forzando el tono amable.

— Estoy molesta. Me molesta estar encerrada en una caverna, comiendo solamente pescado y rodeada de cabras malolientes.

— Si eso fuera todo ...— Etxekide dejó inconclusa su frase.

Ambos permanecimos un rato callados. La cuestión que más me agobiaba pugnaba por salirse de mi boca.

— Etxekide.

— Sí.

— Crees que vendrán por nosotros ?

Él suspiró profundamente.

— No lo sabemos, Itahisa.— Admitió apesadumbrado tras un instante.

— Ellos están vivos, verdad ? — Me animé finalmente a dejar escapar mi angustia.

— Quiénes ?

No hallé sentido a la pregunta.

— Tinabuna, Txanona, Teno, Oihane, Guadarteme ...

— Ahh. Ellos. Es ... posible, sí ... si es que hallaron una caverna deshabitada, con un gran depósito de agua, de este lado de la cordillera, con una manada de cabras, cerca de un lago con peces y a salvo de los lobos.

— Qué estás queriendo decir ? — Discutí afligida.

Etxekide apretó mis manos y me dio un beso.

— Es posible, Itahisa, es posible. Pero en tal caso, ellos están igual o peor que nosotros. No pueden salir de la caverna. No sólo por la lluvia y el frío. También les escasean los alimentos y se les está acabando la sal. Sin poder salar la carne, es arriesgado emprender una excursión de varias jornadas.

Como lo había hecho tantas veces, repasé mentalmente los supuestos necesarios para el reencuentro con nuestros compañeros de expedición. A pesar de que las condiciones eran extremadamente desfavorables, algo me decía que ellos estaban vivos, no muy lejos de nuestra caverna. Si nosotros lo habíamos logrado, ellos también deberían haber sobrevivido.

— Si nosotros sobrevivimos, ellos también lo hicieron.— Afirmé convencida.

— Nira está muerta.— Objetó Etxekide.

— Nira murió porque era una estúpida.— Reaccioné enojada.

— Itahisa, si estamos vivos es porque empezó a llover en el momento que nos quedamos sin agua.

El argumento era contundente, pero no quise aceptarlo.

— Porque nuestro depósito se secó. Y el lago también. No necesariamente habrá pasado lo mismo en otras cavernas.

— Tienes razón. También puede haber ocurrido que se les haya secado antes.

La idea de encontrar finalmente a nuestros amigos muertos me aterraba, me producía un dolor insoportable. Traté de quitarla de inmediato de mis pensamientos.

— Ellos están bien.— Me reafirmé en voz alta.

Etxekide se encogió de hombros, otorgando.

Un rato después se levantó a acercar troncos mojados al fuego.



Día Veintiuno

Con jirones de piel de cabra, los varones fabricaron una pelota con la que estuvieron jugando toda la mañana. Intentaban que no cayera al piso al impulsarla con las manos para hacerla rebotar en las paredes de la cueva.

Por la tarde, Guaire desfondó un canasto de mimbre y lo colocó a unos tres pasos de altura. El nuevo entretenimiento consistía en turnarnos para lanzar la pelota hacia el canasto. Se hizo más interesante cuando dispusimos piedras en el piso, marcando distintos puntos de lanzamiento. Quien embocaba un tiro, pasaba a la posición siguiente, hasta que erraba y cedía el turno a otro. Todos participamos, incluso Abian que pareció despertar de su mutismo y Ainenfrau, quien entendió perfectamente las reglas y se mostró encantada con la diversión. Pero nadie pudo ganarle a Guaire. El inventor del juego resultó ser imbatible.



Día Veintidós

Guaire y yo nos aprontamos para ir al lago. Nos cubrimos los pies con pieles y colocamos mantas sobre nuestros hombros, una común de abrigo y otra encima, impregnada en grasa de pescado. Esperábamos que Ainenfrau viniera con nosotros, pero por algún motivo decidió quedarse.

Mientras atravesábamos el terreno pedregoso, llegando a donde antes había un bosque y ahora sólo se veían troncos ennegrecidos semienterrados en el barro, Guaire se detuvo de improviso. Quedó rígido, mirando en dirección a unas rocas. Parecía asustado.

— Qué viste ? No me digas que hay lobos.— Dije burlona.

— Algo ... se movió.

— Guaire, no hay otra cosa que rocas. Sigamos.

Él cruzó un dedo sobre sus labios, pidiéndome silencio. Me resigné a hacerle caso y tomé asiento sobre una piedra, soportando las gotas heladas que golpeaban mi cara.

Transcurrido un rato sin que nada apareciera, me levanté decidida a retomar el camino. Entonces fue que aquella extraña cosa pasó delante de nosotros. Se asemejaba a un pequeño lagarto, con la cabeza más parecida a la de una iguana. Su cola estaba enrollada y su piel escamosa era de un curioso color, entre verde y azul. Rápidamente desapareció de nuestra vista.

Guaire y yo nos miramos sorprendidos. Nunca habíamos visto un animal así.

— Era una iguana ?

— Algo similar.

— Piensas que se pueda comer ? — Preguntó entusiasmado.

— No lo sé. Era muy chico ... pero logró asustarte.

— No fue eso lo que escuché. Créeme que era un animal más grande.

— Te creo, Guaire. Podemos seguir ? Me estoy endureciendo de frío.

El lago había recuperado su extensión y su profundidad. El agua llegaba hasta donde antes se encontraba nuestra *txalupa*, aunque ya no quedaban rastros de ella. La vegetación reverdecía en las orillas. Tampoco se veían peces muertos, ni se sentían los fétidos olores que días atrás convocaban a los buitres y a las moscas. En cambio, nos sorprendió gratamente advertir en la margen opuesta, un grupo de pequeños patos de plumaje pardo.

De sólo mirarlo, supe lo que Guaire se proponía y quise disuadirlo.

— Son muy pequeños. Los destrozarás con el arpón. Si es que logras llegar hasta allá.

Guaire observaba a los patos, evaluando las posibilidades de cruzar a la otra margen del lago, cuando nos distrajo un sonido de agua a pocos pasos. Ambos quedamos expectantes, pero no escuchamos otra cosa que el rumor de la lluvia. Nos hallábamos cerca del lugar donde habíamos visto por primera vez a una mujer del hielo, en el acto de cazar una nutria.

— Fue una nutria entrando al agua, no ?

— Me pareció lo mismo.

— Tiene que estar cerca.

Nos quitamos las pieles de los pies para adentrarnos en la barrosa orilla. Nuestras pisadas levantaron el sedimento, afectando la transparencia del agua a nuestro alrededor.

— Es imposible pescar aquí. No podremos ver los peces.

— No te muevas, Itahisa, verás que el barro vuelve a bajar.

Aguardamos largo rato, soportando el frío que penetraba por nuestros pies sumergidos y por nuestras cabezas expuestas a la lluvia.

Volvimos a escuchar la zambullida de la nutria y la vimos nadar entre los pastos a pocos pasos de distancia. El arpón de Guaire voló hasta incrustarse en la orilla, pero no llegó a tocarla. La nutria realizó un viraje y vino directamente hacia mí. Traté de clavarle mi arpón y también fallé, pero en el impulso caí al agua, casi directamente encima de ella. Mi reacción fue atraparla de la cola, pero el animal giró sobre sí mismo y antes de que pudiera percatarme, clavó sus dientes afilados en mi *esku-ona*. Di un alarido de dolor y vi que Guaire recogía el arpón mientras me pedía a gritos que no soltara la cola. Pero yo ya la había soltado y la nutria se había hecho invisible en el agua barrosa. Guaire se lanzó sobre mí tratando infructuosamente de encontrarla y ambos terminamos calados de barro hasta la cabeza, sin haber cazado nuestra presa.

El dorso de mi mano sangraba copiosamente.

— Creo que no somos buenos cazadores de nutrias.— Informó Guaire, quitándose el barro de la cara.

Nos reímos de nuestro infortunio.

— Tampoco nos hemos destacado como pescadores.— Agregué.

— Era una nutria muy pequeña. Es mejor que engorde un poco.— Insistió él.

— Creo que debemos regresar a la caverna.— Dije, conteniendo la risa.

— Sí. Tienes que curarte esa herida.

Mientras caminábamos a paso firme tratando de quitarnos el frío, no dejé de preguntarme de qué me estaban sirviendo las *Maisutzak* en Construcción, Cultivo, Navegación y Medicina, en las que había ocupado seis años de mi vida.



Dejé que Guaire hiciera el relato de nuestra frustrada excursión, mientras me ingeniaba para limpiar y aplicar crema de papayas a mi mano diestra con mi mano torpe. Ainenfrau quiso ayudarme, pero no le permití tocarme. Etxekide y Janequa rieron a carcajadas de los cuentos e hicieron preguntas sobre los animales que habíamos descubierto. Abian se limitó a escuchar, sin aparentar demasiado interés.



Cuando estaba por oscurecer, vimos que Ainenfrau caminaba hacia afuera con expresión de sorpresa.

No entendimos qué se proponía. Miraba atentamente la lluvia que caía empecinada desde hacía diez días, como si fuera la primera vez que la veía.

Luego se detuvo y extendió las manos. Como queriendo recibir las gotas sobre sus palmas abiertas.

Allí, empapada, mirándonos con gesto de desconcierto, profirió uno de sus vocablos incomprensibles.

— Xni.

Nadie se animó a interpretar lo que quería decirnos. Nos quedamos observando su extraño comportamiento, como tantos otros que nos resultaban enigmáticos.

Entonces fue que las vimos.

Además de las gotas de lluvia, otras diminutas cosas blancas estaban cayendo del cielo. No lo hacían directamente al piso, sino que describían caprichosos trayectos, yendo y viniendo, como el vuelo de las pelusas o de las gráciles semillas de los árboles.

Ninguno de nosotros había visto aquello anteriormente. Por ello nos costó tanto darnos cuenta que la palabra "xni" significaba nieve.



Día Veintitrés

Fue impresionante el paisaje la mañana siguiente.

El valle inmediato que una vez había sido verde de vegetación, luego gris de cenizas, más tarde negro de carbón y por último parecía reverdecer en algunos sitios, ahora se presentaba completamente blanco.

Una delgada capa de nieve cubría el terreno, las rocas y los asomos de vegetación cercanos. La lluvia había disminuido su intensidad hasta convertirse en una fina llovizna, al tiempo que las pelusas blancas habían aumentado de tamaño y se parecían más a grumos de leche, que caían casi verticalmente.

Nunca habíamos tocado la nieve. Sólo la habíamos visto a gran distancia, en las altas cumbres de remotas montañas de Atlantis y de Islas Castigadas. Ciertamente habíamos escuchado relatos sobre la nieve en nuestra infancia y durante nuestra preparación como navegantes. Sabíamos que en los territorios del norte eran frecuentes las nevadas durante el *negu*, pero lo extraño era que no nos halláramos al norte, ni tampoco en *negu*.

Estábamos en pleno *uda*, en los días que debían ser los más calurosos del año.

Tras desayunar y abrigarnos, salimos a la intemperie. A experimentar aquella desconocida sensación helada en nuestras caras, a palpar aquella exótica textura con las manos.

Ainenfrau nos contempló perpleja mientras recogíamos puñados de nieve y nos los arrojábamos unos a otros.

— Groseloite im xni spilin vikinde.

Llegamos a intuir que se burlaba de nosotros.



Fue la propia Ainenfrau quien interrumpió nuestros juegos matinales, al presentarse con un arpón en cada mano. En su árido lenguaje, nos estaba diciendo que era imperioso ir al lago por alimentos y debimos rendirnos a su sensatez.

— Tiene razón.— Admití a desgano.

— Tuvimos doce días de calor insoportable, seguidos por diez de lluvia fuerte. Cuántos tendremos de nieve ? — Reflexionó Etxekide.

— Ocho.— Conjeturó Guaire, como si fuera obvio.

— Ahh, sí ? Y luego qué viene, puedes decirnos ? — Le pregunté con sarcasmo.

— Puedo.— Respondió sin dudar.

Nos quedamos mirándolo, queriendo saber cuál sería su ocurrencia.

— Es trivial, — afirmó con petulancia — luego de ocho días de nieve, vendrán seis días de un frío tan extremo que todo se va a congelar.

No supimos si reírnos de su terrible pronóstico.

— Y qué ocurrirá entonces ? — Le siguió la corriente Etxekide.

Guaire contuvo la risa antes de soltar su más insólita predicción.

— Entonces empezarán a crecernos pelos en los brazos, en las piernas y en la espalda. Así terminaremos de convertirnos en hombres del hielo.



Los tres varones fueron con Ainenfrau al lago, provistos de arpones y de la red de pesca que hasta ese momento no habíamos utilizado. Llevaron además las capas impermeables y casi todos los abrigos que teníamos, algunos de ellos dentro de los estómagos de oveja, con el fin de disponer una muda de ropa seca para el regreso.

Janequa y yo nos quedamos solas en la caverna, con la tarea de mantener el fuego encendido para continuar secando leña durante la tarde.

— Itahisa.

— Sí, Janequa.

— Ya nos unimos a ellos, ya somos uno con ellos.

— De qué hablas ?

— De lo que ha dicho Guaire.

Me costó captar que se refería al último de los dislates, en el que anunciaba que nos crecerían pelos en todo el cuerpo. Miré a Janequa con preocupación.

— Qué estás queriendo decir ?

— Eso. Que ya nos hemos unido. Los Dioses nos han enviado a Ainenfrau por ese motivo.

— Janequa. Voy a ser sincera contigo. Me parece que estás un poco mal de la cabeza.

— Todos estamos un poco mal de la cabeza, querida Itahisa.

— No soy yo la que afirma que nos hemos unido a los hombres del hielo. El hecho de que los varones se diviertan con la mujer peluda no nos une. Sólo muestra lo diferente que somos. Nosotras no nos hemos sumado a esas desagradables fiestas. Si en vez de Ainenfrau, tuviéramos aquí a un hombre peludo, te aseguro que ni me acercaría a él. Me daría asco.

— Te creo, Itahisa ... sólo que eso demuestra ... lo mal que tú estás.

El juicio me resultó excesivo. Reaccioné irritada.

— Estoy mal por qué ? Por no sentirme cercana a una persona con la que no puedo hablar, que no me llega a los hombros y tiene el cuerpo cubierto de pelos ?

Janequa recibió mi alegato con calma, hasta con cierta expresión de tristeza. Luego continuó arrojando ramas al fuego. Su silencio incrementó mi enojo.

— No vas a contestarme ?

— No.

— Por qué no ?

— Porque debería ser sincera contigo, como tú lo fuiste conmigo.

Sus intentos elusivos terminaron de exasperarme.

— Janequa, por favor. Te lo ruego por Ama, Elkar y Egu. Tendrás la bondad de ser sincera conmigo y traer luz a mi oscuridad ?

Ella sonrió. Estaba acostumbrada a mis ironías. Tras meditarlo un instante, me dijo.

— Tu problema no es ... que rechaces a un hombre peludo imaginario.

— Me alegro. Te agradezco la aclaración. Cuál es mi problema entonces ?

— Sientes rechazo hacia Ainenfrau.

— Ese es mi problema ?

— Sentiste rechazo por Nira.

— Es posible, sí. Y ?

— Sientes rechazo hacia Abian, hacia Guaire y hasta por tu compañero Etxekide.

— Eso no es cierto.

— Es cierto, Itahisa, cuánto hace que no sientes deseos por ellos ? Cuánto hace que no te dispones a complacerlos ?

— Eso no es sentir rechazo, a ti te ocurre lo mismo.

— Estamos hablando de tu problema, Itahisa, no del mío.

— Ahh, bien. Puedes terminar de decir estupideces ?

— No. Aún no he terminado.

— No ?

— Me pediste que te dijera sinceramente cuál me parece que es tu problema.

— Sí, ya me lo dijiste. Creo que fuiste clara.

— No llegué todavía. No me has dejado.

Suspiré ruidosamente.

— Te escucho. Dime lo que tienes para decirme.

En su mirada me pareció detectar compasión.

— Tu problema, Itahisa, es que te rechazas a ti misma.

Solté una carcajada. Janequa no pareció inmutarse.

— Y hasta tanto no te sientas bien contigo misma, — continuó diciendo en tono edulcorado — no podrás sentirte bien con los demás.

— Has terminado ?

— No.

Me levanté queriendo dar por culminada aquella absurda conversación. Cuando le daba la espalda, ella lanzó una última frase que quedó incrustada en mi mente durante varios días.

— Y necesitamos que te recuperes, Itahisa, para poder salir de aquí.



Los varones y Ainenfrau regresaron al atardecer con los cabellos y la ropa impregnados en barro y nieve. Los cuatro se veían contentos. Habían logrado cazar una nutria de mayor tamaño que la que se nos había escapado el día anterior.

Janequa y yo contemplamos atónitas a Guaire vaciando los estómagos de oveja llenos de peces vivos por el agujero que comunicaba a la cámara inferior. Entendimos que mantenerlos nadando en el estanque, sería una forma de conservar el alimento fresco, dado que la sal se estaba acabando.



Día Veinticuatro

A Gorkara, la cabra de pelaje más rojizo, le llegó el tiempo del parto.

Tenía el vientre enorme, abultado hacia los costados y las ubres sumamente hinchadas, cuando notamos que su *natura* comenzaba a dilatarse y de ella asomaba una bolsa amarillenta con trazas de sangre.

La cabra permaneció en sus cuatro patas, mientras los brazos y la cabeza de la cría emergían envueltos en la tela viscosa, deslizándose suavemente. El cabrito terminó de salir, cayendo al piso sin hacerse daño y su madre procedió a lamer el velo sanguinolento que lo cubría, para que empezara a respirar.

Asistimos fascinados a aquella escena del primer contacto externo entre la madre y su cría. El pelaje del cabrito era totalmente blanco, con excepción una mancha rojiza en la cabeza, desde donde nacían sus desmesuradas orejas. Cuando Gorkara terminó de lamerlo, ya el segundo cabrito pugnaba por salir de su *natura*.

Pero éste no venía con la cabeza hacia adelante sino con sus partes traseras y no lograba deslizarse como lo había hecho el primero. Janequa y Guaire se acercaron y jalaban con cuidado de las patas para ayudar al parto, sosteniendo la bolsa en su descenso hasta el suelo. Luego de que la madre la lamiera, pudimos advertir que era una cabrita. Por lo demás, ambas crías se veían exactamente iguales, indistinguibles, con la misma mancha rojiza en la cabeza.

Creímos que vendría una tercera pero no fue así. Gorkara se tumbó de costado, mientras de su *natura* expulsaba una tercera bolsa vacía y los cabritos acometían torpemente sus ubres para mamar.

En medio de todas las desgracias que nos habían ocurrido, aquella imagen era reconfortante, conmovedora.

La vida pugnaba por continuar y nosotros éramos testigos de ello. Nos sentíamos responsables de aquel prodigioso evento, por haber protegido a Gorkara con tantos cuidados.



Afuera, la nieve caía cada vez más densa, amenazando la posibilidad de conseguir alimento para nuestras cabras.

Acopiamos tanta leña como nos fue posible en el patio de entrada, formando una pared de troncos que también ayudaba a aislarnos del frío.



Día Veinticinco

El manto de nieve acumulado en lo inmediato a la caverna ya tenía medio paso de espesor. Cuando intentamos salir, los pies se hundían y costaba levantarlos para dar el siguiente paso.

Ainenfrau estaba entrenada para ello. Ella improvisó con ramas, sogas y pieles una pequeña cama que se deslizaba sobre la superficie nevada, la que utilizó para transportar leña.

Más tarde la vimos alejarse, llevando de arrastre el catre, en dirección al lago.



Pocas cosas había para hacer.

Las varones jugaban a la pelota, discutiendo sobre los puntos que les correspondían para realizar los lanzamientos al canasto. Sus riñas pronto empezaron a fastidiarme.

Las oraciones de Janequa ante cualquier suceso intrascendente me resultaban intolerables. Los balidos incesantes de las cabras, irritantes. La música de la flauta de Ainenfrau, penosa.

Necesitaba dejar de escuchar.

Afuera no se podía estar y en el patio de entrada arreciaba el viento. La cámara inferior estaba inundada a más de un paso de altura en toda su extensión.

Envuelta en mantas fui entonces a la cámara superior en procura de tranquilidad, pero el frío era insoportable. Era inconcebible que Abian y Ainenfrau pudieran dormir allí. Por el hueco del techo que comunicaba al risco en la montaña, ingresaba una corriente de aire gélido. De allí pendía aún la soga que utilizábamos para trepar hasta la repisa.

Aquella cuerda ya era inútil. De qué serviría acceder al balcón ? Qué podríamos ver desde la altura ? Sólo el valle arrasado, ahora cubierto de nieve. Un paisaje apenas distinguible. Nunca habíamos divisado una columna de humo ni señal alguna de nuestros compañeros de expedición. Ellos no deberían estar hacia el oeste, sino en algún otro punto de la cordillera, al norte, donde nacían los otros afluentes del Tartessos.

No podíamos ir en su búsqueda. Y ellos tampoco podrían hacerlo. Ni era posible que llegaran a percatarse de nuestra propia columna de humo que se dispersaba en el valle opuesto, hacia el sureste.

Nada podíamos hacer bajo aquel aluvión de nieve que se precipitaba desde las nubes. Desde las macizas nubes que se habían instalado en el cielo el día del desastre, impidiéndonos el disfrute del azul del cielo diurno, las caricias del sol, la gozosa contemplación de la luna y la hermosa compañía de las estrellas.

Las heridas de la mordida en mi mano habían cicatrizado, formando una costra oscura sobre los nudillos de mi *esku-ona* que me producía una comezón intermitente. De modo compulsivo las sucias uñas de mi *esku-erra* acudieron a aliviar la picazón, arrancando la costra. Un hilo de sangre volvió a brotar, trayéndome el recuerdo de la escurridiza nutria en el lago. Aquella nutria que, debido a mi torpeza, se había escapado de mis manos.

No era posible dormir en la cámara superior a menos que se encendiera un fuego. Quizás el humo pudiera ascender por la galería vertical, como si fuera una chimenea. Para ello era recomendable quitar la soga y yo no podía hacerlo sola. Necesitaba de Etxekide.

Pero Etxekide estaba abajo, jugando a la pelota con Guaire y Abian. No se podía contar con ellos. Estaban refugiados en sus tonterías, asombrosamente distraídos, negligentes, indiferentes a mis necesidades.

No podía contar con ellos. Ni con Janequa que los justificaba, cargándome de exigencias y reprobaciones. Ni con Ainenfrau, que lucía orgullosa su profuso pelaje corporal cada día más embadurnado de salpicaduras de semen.

Las mujeres del hielo deberían tener el pecho hecho de hielo. Ella no lloraba la pérdida de sus hermanos, ni de sus hijos... Acaso tendría hijos ? Ella no lamentaba la ausencia de sol, ni la persistencia del frío. No le frustraba convivir con quienes no comprendíamos su idioma. Nunca parecía estar mal dispuesta cuando los varones la tomaban impetuosamente para satisfacerse. Al contrario, parecía hallarse a gusto con nosotros. A gusto con la asquerosa "xni" que nos obligaba a estar encerrados.

Era impensable bañarse con aquel frío. Mis cabellos empezaban a endurecerse por la acumulación de humedad y suciedad. Bajo las mantas, los huesos empezaban a sobresalir y hacerse notorios bajo la piel.

Mis pechos se palpaban flojos, delgados, caídos.



— Me llamaste ?

— Varias veces. Pero estabas muy ocupado.

Etxekide ignoró mi reproche.

— Qué necesitas ?

Señalé la cuerda en el hueco del techo.

— Hay que subir a sacarla.

Él se mostró sorprendido.

— Por qué ?

— Porque se estropeará cuando encendamos el fuego, Etxekide, no me discutas.

— Has consultado a Abian ?

— No. Por qué habría de hacerlo ?

— Porque es él quien duerme aquí ... con Ainenfrau.

— Eso fue hasta anoche.

Etxekide me miró perplejo, queriendo interpretar mi determinación.

— Vas ... a cambiar de dormitorio ?

— Sí.

— Y dónde dormiré Ainenfrau ?

— No me interesa, Etxekide. Yo dormiré aquí.

Él continuó observándome, pasmado. No le permití hacer más preguntas. Trezando los dedos de mis manos, se las ofrecí como escalón, para alzarse hasta asir el extremo de la sogá. Luego le indiqué que apoyara los pies en mis hombros para iniciar el ascenso.



Ocupé el resto de la jornada acondicionando mi nueva habitación.

Apenas encendí el fuego, la cámara se llenó de humo. Tosiendo debido a la irritación en la garganta, continué alimentando las llamas, para lo que fue necesario realizar varios trasiegos de leña.

Nadie me ayudó. Los demás asistieron con recelo a mis esfuerzos para hacer funcionar la chimenea. Aunque Abian evidenció su molestia por ser desalojado de su alcoba, de inmediato se resignó a quedarse abajo, dada la inundación de humo. Ainenfrau no pareció disgustarse con la perspectiva de dormir con los tres varones en la cámara principal.

Al caer la noche, algo sucedió para que se invirtiera la corriente en la galería vertical que llevaba al risco. De pronto, dejó de ingresar el aire frío proveniente del lado oeste de la montaña y empezó a desalojarse el humo espeso hacia arriba.

Lo había logrado, y lo había hecho yo sola.

En mi dormitorio no solamente no hacía frío, sino que estaba agradablemente tibio. Hasta se podía estar con escasa ropa. Recogí una cantidad de mantas y pieles del piso y las arrojé por la galería hacia abajo.

Extenuada y satisfecha, me acosté a dormir.



Día Veintiséis

El grosor de la nieve aumentó a más de un paso y quien intentara caminar sobre ella, corría el riesgo de hundirse hasta la cintura.

Ya no era posible utilizar la pequeña gruta que se encontraba saliendo de la caverna a *eskuona*, como cabina de baño. Debíamos acordar otro sitio para orinar y evacuar. Aunque Ainenfrau podía hacerlo sencillamente sentada sobre la nieve, los demás nos resistíamos a imitarla, porque el contacto con la nieve no era muy favorable a los efectos.

De modo que improvisamos un asiento circular de mimbre, hueco en el centro. Cavando un pequeño foso en la nieve y colocando el asiento sobre él, se podía completar la actividad en el patio de entrada.



Permanecí casi toda la jornada acostada en mi nuevo dormitorio. Sólo me levanté para comer y traer leña.

Nadie vino a molestarme. Pude estar tranquila, ajena a los fastidiosos ruidos de abajo.



Día Veintisiete

Es mi madre Atissa quien me despierta, para invitarme a pasear por el bosque.

Es una noche espléndida, cálida y llena de estrellas. Vamos hacia una zona próxima a la playa en las afueras de Bosteko. Aunque está oscuro, la túnica sacerdotal de mi madre se advierte blanquísima, iluminada, y su cara radiante. Ella me guía de la mano hacia una laguna de sal. De un lado hay palmeras y detrás de ellas está el mar. Me señala las estrellas, nombrándolas, reiterándome explicaciones sobre el giro nocturno de la *izar-multzo* de la Osa. Yo no puedo dejar de contemplar extasiada la belleza de mi madre, que con voz serena y dulce me dice: "Itahisa, querida hija, ves ? hacia allá es el norte."

Cuando miro hacia el norte veo a Anixua, caminando hacia mi encuentro, desde la playa.

Ella porta los atavíos de la Alta Sacerdotisa, la diadema de plata con incrustaciones de piedras y el disco de oro sobre su pecho. Su túnica vaporosa, transparente, trasluce la belleza de sus pechos, sus caderas y sus muslos.

Anixua y mi madre se saludan con un beso y nos despedimos. Ahora es Anixua quien me toma de la mano. Camino con ella en silencio y de pronto nos encontramos en lo alto de la colina de Sexta, próximos a donde Etxekide nos enseñó la estrella viajante. Anixua se detiene contemplando el bosque, en cuyos claros se adivinan los fuegos de las ceremonias de iniciación.

"Hay muchas ciudades, Itahisa", me dice, pero no logro ver más que tenues resplandores. "Ciudades con hombres blancos, con hombres rojos, con hombres morenos."

Anixua también se ve bellísima en sus atuendos sacerdotales.

De la espesura del bosque emerge alguien. Es Zebensui y está desnudo. Increíblemente atractivo. Quiero correr y abrazarlo. Hay algo extraño en su mirada. Está asustado, aterrado. Me grita: "No te quedes a mitad de la escalera, por favor, Itahisa".

Corro hacia él, pero no lo alcanzo.



Día Veintiocho

No sé por qué le permití a Janequa que subiera. Estoy mejor sola. No necesito hablar con ella. No soporto su parloteo, su verborragia inútil. Acabo de cometer un gran error al contarle mi sueño de anoche.

— Iluminada ? Dices que su túnica estaba iluminada ?

— Sí, Janequa.

— Te nombró las estrellas ?

— Sí, Janequa.

— Te das cuenta de lo maravilloso que has soñado ? Es asombroso. Es tan ... lindo !

Hice una mueca de desdén.

— Nada tiene de asombroso, Janequa. Mi madre me señaló las estrellas como lo hizo tanta veces cuando yo era una niña.

Noté con satisfacción que mis palabras le resultaron ofensivas.

— No puedes ser tan necia, Itahisa.

Decidí ser más hiriente.

— Y tú no puedes ser tan tonta, Janequa.

Pero ella no estaba dispuesta a dejarme tranquila.

— Tienes que interpretar esos mensajes, no entiendes ?

Quise continuar siendo agresiva hasta que se diera por vencida y regresara abajo, pero algo en la expresión de sus ojos me hizo dudar.

— Tú eres la que interpreta las cosas en esta caverna.— Concedí.

Ella me miraba fijamente, queriendo leer mis pensamientos. Tras un largo silencio, se animó a continuar.

— Tienes en primer lugar a Atissa gloriosa. Quién es ella ?

— Mi madre.

Janequa exhaló un suspiro de desaprobación.

— Tienes en segundo lugar a Anixua gloriosa. Quién es ella ?

La miré desconcertada. No podía creer que estuviera soportando aquel estúpido interrogatorio.

— Anixua es la Alta Sacerdotisa de Sexta, tú lo sabes perfectamente, Janequa.

— Anixua gloriosa no es la Alta Sacerdotisa de Sexta y tú lo sabes perfectamente, Itahisa.

Janequa se veía furiosa, perturbada. Ya no la soporté más.

— Ya te dicho que estás mal de la cabeza ?

Logré que se levantara para irse. Respiré aliviada. Pero antes de dejarme sola tuvo que lanzar su enardecida perorata.

— Los Dioses nos están hablando a través de ti, Itahisa, y cometeríamos una terrible equivocación, un imperdonable descuido, si despreciáramos sus mensajes. Qué manifiesta la Diosa Ama, la Atissa Gloriosa, al señalar el norte ? Qué significa que la Diosa Elkar, la Anixua Gloriosa, nos enseñe ciudades pobladas por hombres de distintos colores ? Y lo más insólito de todo, qué quiere decir el Dios Egu, el Zebensui Glorioso, cuando te suplica que no quedes a mitad de la escalera ? Por favor, Itahisa, podrás hacernos ese favor mientras disfrutas de tu alcoba exclusiva y de tu fuego propio ? Dispones de tiempo en abundancia para pensar. Hazlo !

Dicho esto, recogió su manta, la calzó en sus hombros y desapareció por la galería que descendía a la sala principal.

Me quedé por fin a solas, recuperando la calma que la indeseable visita había quebrado.

Disfrutando de la rápida retirada de Janequa, riéndome en silencio de su curioso exabrupto.

Hasta que vino a mi mente una imagen que empezó a inquietarme, a molestarte.

Recordé la situación de hallarme suspendida, paralizada por el miedo, a mitad de la escalera.



Ya no teníamos peces nadando en la cámara inferior. De la nutria que habían logrado cazar los varones y Ainenfrau, sólo quedaban los huesos. No había chance de ir a pescar o a cazar al lago.

Como había ocurrido durante la sequía más de veinte días atrás, nuestro único alimento posible volvía a ser la carne de las cabras. Tampoco disponíamos de pasto para mantenerlas vivas.



Día Veintinueve

Me mantuve al margen de la discusión sobre cuál de las cabras debíamos degollar.

Pensaba en Zebensui.

Echaba de menos sus cariños. Extrañaba el poder de su presencia masculina, las sonrisas, el clima de intimidad, las confidencias. Añoraba sus abrazos.

En la agradable privacidad de la cámara superior, lloré su ausencia. Jugando con mi cuchillo entre las manos. Admirando el agudo filo de la hoja de bronce, palpando los relieves en el puño tallado en madera.

Mi cuchillo. El que él me había regalado la noche de la inauguración de mi *etxea*.

Aquella hermosa noche en la que, escapando de mi propia fiesta, fui corriendo hacia lo de Dafra. Donde él me esperaba con una sonrisa radiante. Donde fundidos en un abrazo, nos reímos de felicidad. Donde nos besamos sin preocuparnos de la presencia de la dueña de casa. De mi amiga Dafra, mi amada Dafra, nuestra cómplice desde entonces.

Quien generosamente ofreció su casa en sucesivas oportunidades, para dar lugar a aquellos encuentros intensos, fugaces, clandestinos. De los que nadie se enteró, ni Gazmira, ni Etxekide, ni siquiera Sutziake.

Cuánta pesadumbre me producía el recuerdo de mi adorado Zebensui.

Me abrumaba la nostalgia de aquellas reuniones furtivas, cargadas de pasión. La excitación que su mirada me infundía. La delicia de sus caricias, la embriaguez de sus aromas, el impetuoso placer de estar unidos.

Cuánto me gustaría que él pudiera estar conmigo, cuánto desearía estar en sus brazos.



Me pareció un desatino asar la carne de cabra en el patio de entrada y reaccioné airadamente.

— Qué haces, Etxekide ? Eres tonto o qué ?

Él me miró con fastidio.

—Cuál es el problema, Itahisa ? El humo saldrá hacia afuera.

— Exacto, ese es precisamente el problema.

Guaire intervino.

— Qué estás queriendo decir ?

— Es obvio lo que estoy queriendo decir, no tenemos empalizada, la nieve la cubrió.

Etxekide forzó una carcajada.

— Y tú crees, Itahisa, que los lobos pueden caminar sobre dos pasos de nieve ?

— Y tú eres ahora un experto en el tema, no ? Desde cuándo tienes una *maisutza* en comportamiento de los lobos ?

— No los hemos visto en más de veinte días, Itahisa. No vendrán.— Procuró tranquilizarme Janequa.

— Y si vienen, contamos con Ainenfrau, que sabrá entenderse con ellos.— Quiso bromear Guaire.

Me sentí furiosa, pero entendí que era inútil sostener la discusión. Nadie me apoyaría.

Conteniendo el enojo, las ganas de gritar y el deseo de descargar la ira contra algo o contra alguien, regresé a mi habitación en la cámara superior.



Aquella noche me acosté intranquila, alerta, atenta a sonidos muy lejanos que se me antojaban aullidos, esperando en cualquier momento el ataque de los lobos.

Pero los lobos no vinieron.



Día Treinta

A través de un boquete en la duna blanca que clausuraba la entrada, pudimos notar que la nieve había dejado de caer.

El absurdo presagio de Guaire, insólitamente se había cumplido. Había nevado ininterrumpidamente durante ocho días. Todos recordamos con preocupación su siguiente pronóstico: "vendrán seis días de frío tan intenso que todo se va a congelar".

Si ello también llegaba a cumplirse, nos veríamos obligados a matar el resto de los animales.

Quedaban solamente cuatro cabras adultas y dos cabritos.



Efectivamente, el frío devino tan extremo, que de sólo asomar la nariz hacia afuera se nos clavaban dolorosas punzadas, afiladas dagas de hielo en las mejillas.

No obstante, Ainenfrau trabajó durante el día desalojando la nieve que había cubierto parte de nuestro acopio de leña, procurando recuperar su catre deslizante, hasta que pudo montarse en él y salir a la intemperie.

Ella regresó por la tarde con el cabello poblado de agujas de escarcha y una cosecha preciosa. Dos pescados de mediano porte y un pequeño atado de pasto que no entendimos cómo había logrado rescatar de las orillas del lago.



Desde varios días atrás, mis pies, así como los de Abian y los de Etxekide, estaban afectados por una enfermedad. Manchas blancas que producían una intensa comezón.

Ainenfrau trató de convencernos que ello podría curarse humedeciendo las zonas con la propia orina. Ella misma hizo la demostración refregando su orina en los pies de Abian.



— Quieres que me quede contigo esta noche ?

— No, Etxekide. Estoy bien sola.

— No me parece que estés bien.

— Estoy mal, si tú lo dices. Prefiero estar sola.

— No te molesta el humo ?

— No.

— Te dejo sola para que puedas descansar.

— Gracias, Etxekide. Hasta mañana.



Día Treinta y Uno

Pasé todo el día con fuertes dolores de cabeza. No pude prepararme una infusión porque se habían acabado las cortezas de sauce. Lo único que me alivió fue sentarme en el patio de entrada y mojarme la frente con nieve derretida.



Guaire y Etxekide, abrigados con mantas y pieles de pies a cabeza, salieron con Ainenfrau con la intención de aprender a deslizarse en el catre. Por lo que escuché, no tuvieron mucho éxito. Rodaron varias veces, se hundieron en la nieve y chocaron contra un tronco.



Día Treinta y Dos

Supuse que era una broma.

Me hallaba durmiendo en la cámara superior cuando oí los gritos de Guaire. Era típico de él que se divirtiera burlándose de mis precauciones injustificadas. Etxekide podía ser su cómplice y haberse sumado al embuste. Pero ... también Janequa ?

Cautelosamente descendí por la galería y sin llegar hasta la sala, observé a escondidas, para cerciorarme de lo que estaba ocurriendo.

Rígidos, tensos, todos empuñaban arpones y cuchillos en el patio de entrada. Ainenfrau no estaba a la vista. Entonces escuché los gruñidos, cercanos, desde afuera.

No era un chiste.

Los lobos habían regresado.

Rápidamente volví al dormitorio por mi cuchillo. Recordé las palabras de Guaire: "contamos con Ainenfrau, ella sabrá entenderse con ellos". Estaría la mujer del hielo intentando dialogar con las bestias ?

No importaba. En primer lugar había que poner a salvo las cabras. No había chance de llevarlas a la cámara inferior. Fui por ellas. Intercambié señas con Etxekide, avisándole lo que me proponía. Levantando a los cabritos, uno en cada brazo, los llevé arriba y los dejé en mi lecho, próximo al fuego. Fui a buscar a Gorkara y la arrastré hacia mi dormitorio para reunir la con sus crías. Coloqué leña para obstruir la boca de la galería, con el fin de impedir que los animales pudieran descender.

Me disponía a ir por otra cabra cuando escuché los chillidos de Janequa. Bajé tan rápido como pude. Uno de los lobos asomaba su cabeza por el boquete en la montaña de nieve, contigua a lo más alto de la pila de leña, a escasos pasos del rostro de Abian. El animal gruñía de modo amenazante y usaba sus patas para ensanchar el hueco. El gigante sostenía el hacha por encima de su hombro. Guaire lanzó el arpón alcanzando a herir una pierna de la bestia, que con un aullido de dolor desapareció de nuestra vista.

— Dónde está Ainenfrau ?

— No sabemos.— Contestó Janequa, que transpiraba y empezaba a jadear.

— Cuántos lobos hay afuera ?

— No sabemos.

La invariabilidad de las respuestas me resultó exasperante.

— Alguien me ayuda a llevar las cabras arriba ?

Nadie contestó porque nos llegaron unos gritos angustiosos desde afuera. Eran de Ainenfrau. Abian comenzó a trepar la duna de nieve y de inmediato se detuvo.

En lo alto del montículo, por encima de donde antes había una empalizada, cuatro lobos nos estaban mirando. De sus hocicos pendían agujas de hielo y de sus bocas emanaban pequeñas nubes de vapor.

— Vatxaut fiurjundu dixleit sent ! — Repetía con desesperación Ainenfrau desde algún punto del exterior que no alcanzábamos a ver.

Semienterrado en la nieve, Abian tenía poca capacidad de maniobra. Si las bestias saltaban sobre él, no podría defenderse. Lo vimos intentar retroceder, levantando sus piernas con dificultad, atento al mínimo movimiento de los animales.

Todo ocurrió tan rápidamente que no nos dio tiempo a pensar. Dos de los lobos se lanzaron sobre Abian y el arpón de Guaire alcanzó en vuelo a uno de ellos en el vientre. El gigante fue capaz de reaccionar para descargar su hacha en la cabeza del segundo, y la bestia cayó sobre él, derribándolo. Guaire tomó el arpón de Etxekide y lo arrojó certeramente al animal que, aun gravemente herido, luchaba contra Abian en la nieve.

Mientras Abian intentaba quitarse de encima el cuerpo agonizante, los otros dos lobos iniciaron el descenso. Nos quedaban sólo dos arpones. Etxekide y Guaire los lanzaron simultáneamente. Uno acertó en el lomo de una de las bestias, que retrocedió en un alarido de dolor. Pero el segundo arpón solamente llegó a rozar al otro animal, el que de un salto estuvo en el piso de la caverna. Janequa no paraba de chillar. Abian trataba de levantarse y de recuperar el bronce clavado en las entrañas de la moribunda fiera, en el momento en que apareció un quinto lobo sobre la pila de leña, cerca de donde yo me hallaba.

No entendí lo que ocurrió a mi *eskuerra*, porque no pude apartar los ojos de la bestia que me enseñaba los colmillos. Supe que uno de los lobos había logrado eludir la posición de los varones por los balidos agudos y estertores a mi espalda.

Fue entonces que el lobo vino sobre mí. Se me abalanzó con sus garras directamente a mis pechos y caí de espaldas, golpeándome la cabeza contra el piso. Tuve su aliento espeso, fétido, en mi nariz. Vi las profundidades rojas de sus fauces y los colmillos blanquecinos viniendo a clavarse en mi cuello.

Oí gritos lejanos. Vi a Zebensui Glorioso rogándome que no me quedara a mitad de la escalera.

Invocando el resto de mis menguadas energías, descargando la furia acumulada por tantas crueles veleidades de los Dioses, elevé mi cuchillo y lo introduje con violencia en la boca de la bestia, atravesándole el paladar y haciendo salir la punta de bronce por uno de sus ojos.

Chorros de sangre emanaron de la herida, mientras el lobo aullaba de forma espantosa y se retorció de dolor.

Etxekide se acercó a rematarlo pero no se lo permití.

Aunque me dolía todo el cuerpo, me levanté y fui decidida a cortarle el cuello. Con mi propio cuchillo.



Ainenfrau apareció finalmente y contempló la pavorosa escena, sin decir una palabra.

Una cabra estaba muerta y otra herida. Abian sangraba en los hombros y en la cara. Guaire y Etxekide tenían cortes en sus manos. Mi pecho estaba surcado de rasguños. Janequa aun temblaba, pero había resultado ilesa.

Cinco lobos agonizaban en distintos puntos de la caverna, tendidos sobre charcos de sangre.



Lentamente me desvestí. Ya no sentía frío. Arrojé al fuego mi *brusa* y mi falda impregnadas de sangre.

Desnuda, caminé hacia la pared por la que caía el agua. Apoyando en ella mi espalda dejé que el agua helada limpiara mi cuerpo y atenuara el agudo dolor de las heridas en mi pecho.

No lavé el cuchillo. Después de bañarme, regresé a donde yacía el lobo degollado.

Colocando al animal muerto boca arriba, volví a clavar mi cuchillo en su garganta. Hice una incisión profunda y extendí el tajo, rasgando hasta llegar al vientre. Al mismo tiempo fui desprendiendo la piel a ambos lados del corte. A mi alrededor se escuchaban voces, pero no entendí de qué hablaban. Con varios golpes de hacha quebré los huesos de las cuatro patas. Cavé una hendidura para extirpar el *zakil* y la bolsa masculina, y los arrojé al fuego. Continué prolongando los cortes hacia las cuatro extremidades, hasta llegar a las articulaciones destrozadas por el hacha.

Luego procedí a desollar la piel, lo que me llevó casi toda la jornada.

No me detuve para comer, no sentí hambre.

Cuando terminé de separar la piel del cuerpo, la tendí sobre la nieve durante un largo rato para que terminara de limpiarse la sangre.

Descargué por última vez el hacha sobre la espina dorsal del animal desollado, quebrándola. Pasé mis dedos por el interior de la vértebra expuesta, para recoger la sustancia interna del hueso.

Llevé a mi boca aquel bocado grasoso del tuétano de la bestia y me deleité con su sabor.

Recién entonces tuve frío. Quité la nieve adherida a la piel del lobo y me abrigué con ella.



Día Treinta y Tres

No tuvimos leche de cabra. La única leche la dio Gorkara para alimentar a sus crías.

Apliqué el resto de crema de papayas en mis heridas. No me preocupé por las de Abian, porque seguramente Ainenfrau le proporcionaría sus cuidados. Los rasguños de Guaire y Etxekide no eran profundos.

Los varones trasladaron los restos de animales muertos fuera de la caverna.

Pasé buena parte del día en la cámara superior, en compañía de las cabras, cosiendo jirones sobre la piel del lobo, para que al vestirla, quedara completamente cerrada por delante. Con el cuero de la cabeza del lobo y con sus orejas, confeccioné un abrigo para mi propia cabeza y orejas.

Afuera, el frío era tan intenso, que la superficie de la nieve empezaba a hacerse sólida.



Día Treinta y Cuatro

Ainenfrau fue al lago, montada en su catre deslizante. A su vuelta, no trajo pescados ni pasto, sino una pequeña nutria atravesada en el arpón.

No disponíamos de más alimento para las tres cabras adultas que quedaban vivas.

Las heridas de mi pecho empezaban a curarse. El ardor que sentía en mis pies era tan insoportable que decidí orinarme sobre ellos sin que Ainenfrau se enterara.

Guaire y Etxekide ya no hablaban, excepto cuando cocinaban juntos. Me pareció que también habían perdido el interés en descargar sus energías acometiendo sobre el cuerpo de Ainenfrau.



Día Treinta y Cinco

Por primera vez desde su llegada, vimos a Ainenfrau escalar. Los varones trabajaban despejando la nieve de la empalizada, Janequa acercaba leña al fuego en el patio de entrada y yo casualmente salía a escudriñar en el cielo nublado algún cambio que nos diera un atisbo de mejora.

La mujer del hielo rodeó las paredes rocosas contiguas a la entrada hasta un punto en el que las grandes losas exhibían una grieta. En ella, trabó manos, piernas y espalda e inició el ascenso. Lentamente, sosteniéndose en mínimas rugosidades de la piedra.

Nos quedamos observándola, admirados, mientras continuaba ganando altura sobre nuestras cabezas, hasta llegar a un punto donde la grieta terminaba para dar lugar a una pared que se veía lisa, inaccesible. Pero Ainenfrau continuó trepando, con la habilidad más propia de un gato que de una persona, asiéndose de invisibles asperezas de la roca, ascendiendo varios pasos más hasta desaparecer cerca del lugar donde la habíamos visto aparecer, unos treinta días atrás.

Un rato más tarde empezaron a llover líquenes.

Ainenfrau estaba realizando una extraña operación de cosecha allá arriba. Arrancando el líquen de las rocas de la montaña y arrojándolo hacia nosotros.

Janequa tradujo en palabras el suceso.

— Las cabras tendrán algo para comer.



Día Treinta y Seis

Es probable que Janequa haya tenido razón.

Zebensui Glorioso fue quien me transfirió sus atributos. Los atributos del Dios Egu: la Energía, la Fuerza y el Calor.

Sin ellos no hubiera podido dar muerte al lobo. Sin ellos, sería yo la que estaría muerta, y mi cuerpo serviría de alimento a los buitres y las moscas.

No me detuve a mitad de la escalera. No tuve miedo.

Mi *esku-ona* fue más rápida que la mandíbula de la bestia. El filo de mi cuchillo más implacable que sus colmillos. La fuerza de mi brazo, más certera que su mordida.

Zebensui Glorioso fue quien me transfirió sus atributos. Por eso no tuve frío luego de matar al lobo, por eso pude resistir el agua helada cuando me bañé desnuda.

El lobo se equivocó al asumir que yo sería su presa. Me vio débil, delgada, enferma. Pero no fue así. Lo enfrenté, luché contra él y fui yo quien resultó triunfante. Él resultó ser mi presa.

Zebensui pudo transferirme sus atributos porque se ha reunido con los Dioses. Porque él ya es Uno con el Dios Egu, ya es Zebensui Glorioso.

Zebensui ya ha cruzado la Puerta. Mi amado Zebensui, mi adorado Zebensui está muerto.

Muchos están muertos en Atlantis.

Mi madre de vientre, Atissa, ha cruzado la Puerta.

Ella es Una con la Diosa Ama. Mi madre Atissa está muerta. Atissa Gloriosa me señala las estrellas hacia el norte.

La Alta Sacerdotisa de Sexta, la bellísima Anixua, ha cruzado la Puerta.

Ella ahora es Una con la Diosa Elkar. Anixua ha muerto. La Anixua Gloriosa me muestra ciudades donde habitan hombres y mujeres de pieles morenas, rojizas y blancas.

Muchos están muertos en Atlantis. La estrella cayó sobre ellos hace treinta y seis días.



Día Treinta y Siete

Janequa me molestó todo el día con absurdas conjeturas sobre la luna de Ainenfrau.

Insistió en que su sangre no bajaba porque estaba embarazada. Traté de explicarle que nosotras tampoco habíamos tenido una luna por cincuenta días y no estábamos embarazadas, y que ambas habíamos visto sangre escurrir por las piernas peludas de Ainenfrau apenas veintisiete días atrás. Pero Janequa no se mostraba dispuesta a razonar conmigo. Por el contrario, parecía proclive a las ambiguas explicaciones que intentaba darnos la mujer del hielo, haciendo el gesto de tocarse los pechos y el vientre.

Yo tenía cosas más importantes de las que preocuparme.

Si los Dioses se habían comunicado conmigo, si yo era portadora de sus mensajes, mi responsabilidad era discernir sus anuncios.

(la noche estrellada de Bosteko)

Por qué los Dioses habían hablado conmigo y no con Janequa que los invocaba varias veces por día ?

(la laguna de sal)

Acaso Ellos habían confiado en mí para ser la intérprete de sus designios? Acaso Ellos me estaban demandando ser ejecutora de sus voluntades ?

(el palmar próximo al mar)

Por qué razones me hallaba allí, enclaustrada, confinada por un espeso manto de nieve ?

(el giro de las estrellas hacia el norte)

Por qué motivos había sobrevivido a la explosión del cielo, el calor abrasador, el masivo avance del mar sobre del continente, los incendios, la falta de agua, el diluvio, la escasez de comida, el aluvión de nieve y dos ataques de lobos hambrientos ?

(los resplandores de las ceremonias de iniciación)

Por qué me encontraba débil, enferma y herida, pero aun viva y no reunida con Ellos, con Atissa, Anixua y Zebensui, en unidad con los Dioses ?

(las ciudades que no alcancé a ver)

Qué podían pretender Ellos de mí ? Si nada podía hacer. Si ni el sol, ni el cielo, ni las estrellas se mostraban allá afuera.

(no te detengas a mitad de la escalera)

Recluida en la oscuridad de mi habitación, interrumpida solamente por el sonido regular de la succión de las crías en las ubres de Gorkara, lloré largamente mi amargura.



Día Treinta y Ocho

La segunda predicción de Guaire, decididamente, no se había cumplido.

Iban ocho días de frío extremo cuando volvió a nevar durante la mañana. Luego se detuvo por la tarde y al oscurecer se instaló una llovizna intermitente.

Nuestra ración diaria de leche se había reducido a un solo trago, como durante los peores días de la sequía. Las cabras sólo tenían líquenes para comer.

Etxekide fue al lago con Ainenfrau.

Al regresar nos hizo una explicación de las curiosas técnicas que ella utilizaba para pescar. Cargado el catre con piedras, lo había empujado cautelosamente sobre la superficie del lago, para evaluar el espesor de la capa de hielo. En el punto en que el hielo empezaba a quebrarse por el peso, había cavado un hoyo y volcado en él insectos cazados previamente. Allí se había quedado sentada, arpón en mano, aguardando que los peces se acercaran atraídos por el cebo. Luego de haber acertado a un par de ellos,

los había aproximado al boquete y ella se había tendido sobre el hielo, al acecho de que una nutria asomara para darle caza. Todo esto lo había observado Etxekide desde la orilla, moviéndose constantemente para no entumecerse de frío, mientras Ainenfrau no parecía afectada por permanecer acostada, inmóvil, sobre el hielo.



Aquella noche, luego de haberme dormido, escuché los pasos de Etxekide ingresando a mi dormitorio y percibí su sombra acostándose a mi lado. Quise decirle que se fuera, pero no lo hice. Tenía demasiado sueño.



Día Treinta y Nueve

Discutí con Etxekide.

Le expliqué que debía solicitar mi autorización para dormir arriba. Y que no hacerlo, era faltarme el respeto. Él se enojó y me gritó, pero terminó entendiendo. Janequa y Guaire quisieron intervenir pero les dije claramente que no eran parte del problema. Si la cámara superior estaba habitable, era porque yo había sostenido el fuego encendido cuando todos ellos habían descreído, cuando todos ellos se habían resignado a que era imposible desalojar el humo y me habían dejado sola, sin ayuda. Si querían dormir abrigados, que se esmeraran en sostener el fuego del patio de entrada. Si querían sosegar antes de dormir, para eso estaba Ainenfrau.

Afuera continuaba lloviznando. La capa de hielo sobre la nieve empezaba a derretirse.



Día Cuarenta

Los Dioses debían darme una señal.

Si Ellos esperaban algo de mí, debían hacérmelo saber.

Janequa se obstinaba en afirmar que Ainenfrau estaba embarazada. Si ello fuera cierto, sería una señal ?

Etxekide continuaba reclamando que yo le permitiera dormir en la cámara superior. Tendría un significado especial su empecinamiento ?

Por primera vez en cuarenta días, vi a Janequa disfrutando de las atenciones masculinas de su compañero Guaire. Era llamativo, aunque no demasiado revelador.

Las crías de Gorkara, los cabritos de apenas dieciséis días de vida, quisieron alejarse de la caverna y, por su pequeño tamaño, lograron transgredir sin dificultades los asomos de la empalizada.

Debimos ir por ellos.

Por la tarde, los cabritos volvieron a escaparse, esta vez a una distancia de un par de campos de la entrada, aun caminando torpemente sobre la nieve.

Cuando fui a buscarlos, algo me llamó la atención en las nubes, más allá de la cima de la montaña. A gritos, llamé a Etxekide.

Él acudió y se quedó a mi lado. Quitándose el cabello hirsuto de la cara, concentró su mirada en las inusuales formas y coloraciones que las nubes mostraban.

Más tarde, vinieron los demás. Por algún motivo, reparé en sus apariencias, que evidenciaban el transcurso de las adversidades.

El semblante agobiado de Abian, cuya espesa barba no disimulaba las heridas de los colmillos del lobo. El andar cansino de Janequa, quien había sido una mujer gorda, pero ahora mostraba una figura esbelta. El aspecto desaliñado de Guaire, también barbudo, las desproporcionadas orejas destacándose en su rostro demacrado. Y la presencia grosera de la mujer peluda, con sus pieles de abrigo sucias colgando del hombro, exponiendo parte de sus turgentes pechos, a pesar del aire helado.

Los seis nos quedamos contemplando el cielo, tal como lo habíamos hecho la tarde previa al desastre.

Cuando aún Nira se encontraba con nosotros. Cuando Ainenfrau todavía no había hecho su curiosa aparición en lo alto de la montaña.

Lentamente, las nubes empezaron a partirse, a desgarrarse.

Entonces ocurrió.

Por entre ellas, la luz se fue filtrando tímidamente, ante nuestro asombro e incredulidad.

Y nuestros ojos, humedecidos por lágrimas de alegría, volvieron a ver el sol.

La historia de Itahisa continúa en Parte Siete, Tercer Movimiento, Exploración

<http://itahisa.info/about/parte-siete/exploracion/>